

C.E. Zavaleta

Los arrepentidos

¿Cómo iba a suponer Sebastián que el tipo lo perseguiría con la tenacidad y las mañas de un cobrador? Un tipo platudo y con amistades por todas partes, inclusive políticas, no iba a soportar *dos* desplantes, uno por día. Pensó en que pronto quedaría libre de la sombra ésa que lo molestaba como la mosca volante de su ojo izquierdo; pero, apenas llegó al periódico a las seis de la tarde, para escribir su artículo y marcharse a las siete, la muchacha del teléfono dijo que el señor Goñi lo buscaba.

“¿Otra vez?”, no acabó siquiera de quitarse el saco; se lo dejó como un dormán, colgado del hombro. “¡Dile que no estoy!”

“Pero es la tercera vez, don Sebastián”.

¿Y cómo lo sabía ella, si ayer había estado de turno la chica rubia?

“No, señor, *esta tarde* él ha venido ya *tres veces*”.

“¿Tantas?”

“Sí, ¿por qué voy a mentirle a usted? Será mi rival, la rubia, no yo”.

“Me agarraste, mujer. Lo haré por ti. Que suba sólo por cinco minutos. Dile así de claro”.

Tampoco acabó de vestir la silla con su saco; estaba aflojándose la corbata y poniendo la primera cuartilla en la máquina, y ya el ricachón de pañuelo al pecho (grandote como un florero), ancho cuello de camisa rosada, brillante traje azul y

dos anillos en cada mano, venía hacia él, sonriendo demasiado y haciendo temblar el piso de madera.

“¡Oh, Sebastián, por fin!” y parecía que el hombrón llegara jadeando no al cuarto piso del viejo edificio del Jirón de la Unión, sino a recibir un premio. “¡Perdona que te haya llamado desde el lunes! Pero es que... ¡Uy, Dios mío! ¿Qué piso es éste?”, y el hombre se cogió el pecho, tosiendo. Y además, exagerado, pensó él.

“Bien, siéntese”, dijo secamente Sebastián, flaco, puntiagudo, de largos huesos y ropas flojas, quitando su mano de entre las untuosas del otro, y empezó a teclear. “Le escucho”.

“¡Ah, Sebastián, siempre tan directo! ¡Ojalá todo pudiera explicarse en dos palabras!”

“Sigo esperando”, repitió él, como si de antemano supiera el capricho que iba a pedirle, la publicación de alguna nota social sobre la fiesta que daba en su casona de San Isidro, casona desconocida por Sebastián, menos mal. Inclusive creyó ver una mano gordezuela y anillada entregar el sobre con el escrito huachafo y quizá una fotografía. Lo desviaría a Notas Sociales y se acabó.

Pero Goñi había extraído del bolsillo una cigarrera de plata y se disponía a fumar. “Se trata de algo de la familia, Sebastián”, y la cara rojiza y sonriente, como recién salida de un bar (quizá del Hotel Bolívar), cambió por completo. Perdió sangre y color.

“¿Qué, se le murió un pariente?”

“Peor que eso, amigo”. Y entonces vino el desajuste entre su deseo de contar y su incapacidad de expresarse. Aun la papada de Goñi empalidecía.

“¿Se trata de su mujer?”, lo animó, divertido.

“Peor que eso, Sebastián”.

Poco a poco le fue sacando las frases. De súbito tartamudo, el hombre quería hablar por sus ojos, aunque Sebastián

siguiera desconfiado del ricacho, y además, mal actor. Dejó de teclear y tuvo que traerle un vaso de agua. Así, así fue. Desconfiado aún, oyó que el hombre pronunciaba casi en secreto el nombre de Luz.

“¿Y quién es Luz?”

“¿Cómo quién es? ¡Mi hija! ¿Ya no te acuerdas?”

Por fin entendió. Sí, se acordaba de la que fuera su chica; el hombre gordo había cambiado mucho, en verdad. Pues bien, *Ultima Hora*, el periódico de abajo, del segundo piso, había publicado una nota burlona y fea, muy fea, sobre ella. Goñi venía a pedirle que un diario más serio como *La Prensa* no reprodujera nada al respecto, y el tipo que pudo ser su suegro sacó del bolsillo el recorte pequeño, y sin embargo, ya doblado en cuatro. El estilo era inconfundible: “Superchurro dejó boqueando a Tenorio”. Sí, había un testigo de la muerte en un ring de cuatro perillas del Cinco y Medio. El Casanova, muy conocido en el Pigalle, se había arrugado de infarto, desnudo en la cama, y la gila vencedora, de nombre Luz, había escapado a las justas. Pero el encargado del motel había sospechado de que saliera sola y todavía manejando el coche del tecló. Mañana o pasado, el periódico podría dar el apellido de la susodicha, si ésta no se presentaba a la policía. Moraleja: visiten al cardiólogo antes de salir con superchurros.

Con otro ánimo, Sebastián vio la cara congestionada de Goñi y dijo: “No se preocupe; haré que corten la historia. Vuelva mañana”.

“¡Oh, gracias, gracias!”, los ojos desorbitados estaban ya húmedos, y las manos untuosas se prendieron de nuevo de Sebastián, pero él se libró rápidamente de la cara, del pañuelo como florero, de la camisa rosada. Lo despidió y creyó que al punto reanudaría su artículo. Sin embargo, lo pensado no cuajaba, no salía. Tiró el papel al canasto, pero cuando cambió de hoja tampoco se reanudó ningún flujo. Empezó a pasear por la

vieja y crujiente oficina donde escribía reseñas de libros escasos y tan caros que quizá a nadie importaban, o sobre igualmente escasas funciones de teatro, conciertos y compañías de ballet. Lima ya no era como antes, cuando llegara de muchacho y le gustaran las funciones del Municipal, y sobre todo, las películas, muchas películas. Había de todo, mexicanas, argentinas, inglesas y francesas; y las norteamericanas nunca faltaban.

Había dejado su adolescencia por los pueblos de Junín, Ancash y La Libertad, desde la época de los viajes a caballo, con o sin su padre, con o sin su hermana Zoila, amiga íntima de la madre de Luz Goñi, y por dos veces había viajado día y noche con Zoila y con la propia Luz, por entonces una muchacha. Juntos visitaron Sihuas en la fiesta del *quinquenio*, cuando la Virgen de las Nieves, a un grito de la multitud (una falange de blancos y cientos de indios), se movía realmente en su altar y venía hacia ellos por el aire, con lentitud y majestad, como deben andar las reinas, en medio de aplausos y lisonjas. La Virgen bajaba lentamente, sola, milagrosa, y el gentío la recibía con caricias, besos, palmaditas en la espalda, como a una novia, madre o hermana, luego de un viaje de cinco años. *¡Quinquenio, quinquenio!*

“Me gustaría tener fe”, recordó que había dicho Luz. “Son pobres y sufridos como nadie, pero ¡vaya ternura y gratitud!” No hubo tiempo para decir más; apenas logró acariciar el manto de la Virgen, cuando los empujones de la multitud los alzaron en peso y los pusieron en la puerta de la iglesia, desde donde verían el otro espectáculo del baile general del pueblo. Las parejas bailaban en increíbles desafíos de entusiasmo, bailaban quizá contra alguien, contra el mal y la tristeza, contra la desdicha de ayer y por la felicidad de mañana. Sólo algunas parejas habían bebido, y eso también comentó Luz: “¡Esto es más sano que los carnavales de Lima! ¡Ah, y por favor, volvamos también a caballo! ¡Quiero seguir mirando el cielo!”

Sebastián casi despertó. Mirando por la ventana, sin ver nada del Jirón de la Unión, se preguntó quién estaría de turno en *Ultima Hora* y bajó las escaleras, polvorientas arriba, y cada vez más civilizadas al llegar al primer piso, donde estaba la oficina del director de ambos periódicos.

A la tarde siguiente, Goñi llegó con un nuevo traje elegante, ahora gris. Le envidió de veras los zapatos italianos y lo hizo sentar frente a él. Goñi empezó a limpiarse el sudor, a abrir cada vez más los ojos.

“¿Qué pasa, Sebastián? No me digas que falló la gestión y que saldrá un artículo peor en tu periódico”.

Sebastián no movió un músculo. El hombre se aflojó la corbata, pidió un vaso de agua. Sebastián se lo dio, en silencio.

“No se preocupe, hom”, dijo Sebastián por fin, muy serio. “Todo se arregló; abajo corregirán la noticia, dirán que la chica se llamaba Carmela X, o algo así, y aquí en mi periódico no saldrá nada. ¿Contento?”

A Goñi lo envolvió una especie de milagro; aspiró un aire nuevo, feliz, y se atrevió a reír, buscó en vano las manos salvadoras. “¡Gracias, formidable, qué bueno eres con mi familia! ¡Nunca olvidaré esto!”

Dio unas vueltas por la oficina, como si bailara, y quiso invitarle un trago en el Bolívar.

“Un momento”, lo detuvo Sebastián en el umbral, y lo hizo volver como a un muñeco. “Todavía falta algo”.

El hombre pareció rebuscar en su bolsillo. “Qué. ¡Pídeme lo que quieras!”

“Le he hecho un favor, sí, pero por Luz, no por usted. Sigo creyendo que usted fue un hacendado de mierda, que trató a sus peones como esclavos, que en su camino hay dos o tres muertes que usted produjo directamente, además de los abusos contra su propia familia, y en especial contra Luz, a quien le impidió casarse con el hombre que ella amaba”.

“¡Sebastián, piénsalo, ustedes eran muy jóvenes!”

“¿No será por eso que ella tiene problemas hasta hoy? Aparte de golpear a su mujer y a sus queridas, usted se apoderó de los bienes de Graciela, tía de Luz, con el pretexto de la reforma agraria, vendiendo tierras que no le pertenecían. ¡Y ahora, déjeme solo y no vuelva a fingir vergüenza!”, dijo Sebastián, con extrema serenidad.

El bulto gris podía revolverse o gruñir como quisiera, pero no le quedaba sino marcharse. Y se fue.

Al anoecer del otro día, asimismo solo, tecleando la máquina, respondió al teléfono. Era Luz, después de mucho tiempo, de varios años, que por lo visto no habían servido de nada, pues no había ninguna distancia entre ellos. Tembló extrañamente. La mosca volante del ojo izquierdo reapareció. Los años habían enriquecido esa voz, ese aliento cálido, aunque asimismo modesto, admitiendo haber cometido errores en su vida.

“¡Oh, no, tú no, tú no!”, murmuró él.

“¿Cuándo puedo verte, Sebastián?”, preguntó ella, directamente.

“Pues no sé, mañana, cuando quieras”.

“Estoy cerquita, en la plaza San Martín, en lo que era Crem Rica. ¿Te acuerdas?”

“Voy ahora mismo”, dijo él, colgó y bajó a trancos esas curiosas y optimistas escaleras, polvorientas arriba y de mejor aspecto en cada piso que descendía.